

TRES CUARTOS DE SIGLO DE VIDA ARTISTICA

Discurso de ingreso como Académico Electo del Ilmo. Sr. D. Victorino Gómez López, y contestación del Excmo. Sr. D. Ramón Mateu Montesinos

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;
SEÑORES ACADÉMICOS;
SEÑORAS Y SEÑORES:

Ante todo, debo expresar mi gratitud más viva por haber sido distinguido con el inmerecido honor de elegirme esta ilustre y secular Academia como individuo de número de ella, lo que atribuyo más que a mis méritos, muy limitados, a vuestra benevolencia y amor a las bellas artes, a cuyo cultivo he dedicado toda mi vida, esa misma vida de la que, por no tener otros conocimientos, voy a relataros como una memoria o resumen a lo largo de esos tres cuartos de siglo, a lo que alude el título que figura en la invitación que habéis recibido y a la que tanto honor habéis hecho dignándoos venir, por lo que a todos desde aquí doy las más expresivas gracias.

Pero, ante todo, debo rendir un tributo, tan merecido como obligado por mi parte, al académico que me antecedió en este puesto, el ilustrísimo señor don Alfonso Gabino Pariente, muy distinguido escultor, artista de una pieza, completo, que dio vida a obras abundantes y, sobre todo, muy hermosas y sentidas. Por estar en la memoria de todos el recuerdo de su persona, con correcta y llena de humanidad, y su arte, al que me acabo de referir, no he de hacer más hincapié en ello; también están presentes las afectuosas, emotivas y justas palabras que en el acto de su ingreso le dedicó el académico ilustrísimo señor don Mauro Lleó Serret, lo que me evita aún más el insistir en su elogio. Todos los que le conocimos y sin duda esta Real Academia le guardaremos imperecedera admiración, afecto y la nostalgia de su presencia y su actividad en el noble y difícil arte de la escultura.

Tres cuartos de siglo de vida artística, de escultor es el tema o motivo que me permito someter a vuestra benévola consideración, pues como os he dicho, no sé otra cosa que mi oficio, y sin que parezca presunción ni pedería habéis de permitirme este boceto autobiográfico que, sin duda, no por mi modesta persona, sino por los ambientes, situaciones y personajes que evoque, podrá significar algo y revestir cierto interés.

Comenzando por el principio, y omitiendo lo anterior a mi actividad artística incipiente, bien elemental, no hará falta aludir a mi nacimiento el 20 de noviembre de 1890 en Azuébar, provincia de Castellón, pueblo famoso sobre todo por sus aguas, habiendo perdido al padre los cuatro hijos que éramos, yo el menor, de dos años a la sazón. Mi madre colocó a mis dos hermanas con unos familiares y yo fui acogido por mi tío David, prodigándome sus caricias y manutención hasta los siete años, en que me entregó a mi madre, quien no pudiendo hacer otra cosa me ingresó en la Casa de Beneficencia, de la excelentísima Diputación Provincial de Valencia, donde permanecí hasta los doce años aprendiendo las primeras letras y demás enseñanza primaria, y dibujando ya algunos monigotes. un poco como evasión que necesitaba, pues sentía, dado mi carácter algo rebelde, aquel internamiento. Salí en 1904 y a los pocos meses, ya en 1905, me inscribí en la *Escuela de Artes y Oficios*, hoy de Artes Aplicadas, donde seguí con entusiasmo y gran deseo de aprender el

primer curso de Dibujo Artístico con don Eduardo Soler, académico que fue de esta Corporación, logrando un alentador "sobresaliente" —lo digo sin ninguna vanidad— que me animó muchísimo, así como el diploma, fecha 1906, que conservo, bien que deteriorado por el mucho tiempo pasado, que logré en el segundo curso de Dibujo Artístico, ya de figura, regentado, en dos grupos, por don Antonio Fillol Granell y don Germán Gómez; yo iba con este profesor, y otro diploma tuve y conservo, firmado, como director de la Escuela, por don Salvador Abril, gran marinista, dándose la circunstancia de que hace ya muchos años, y eso me llena de emoción, vivo en la calle que le dedicó Valencia, es decir, en la calle del Pintor Salvador Abril. En la clase de don Germán Gómez debo decir que conocí a los que luego fueron excelentes artistas Vicente Carreres y José Guiteras.

Al propio tiempo seguía las enseñanzas de modelado en el Patronato de la Juventud Obrera (que dirigía el padre Narciso Basté) enseñanzas que llevaba el escultor don Amadeo Sanchis, que había sido discípulo del escultor castellonense Francisco Viciano, a cuyo taller particular de imaginería, en la plaza del Arzobispo, antes en la calle de la Nave, iba a asistir luego.

En la clase de modelado del Patronato conocí al gran amigo y buen escultor Virgilio Sanchis, quien se hizo cargo luego de la clase después de dejarla don Amador.

Don Amador Sanchis, aunque muy modesto, tenía gran concepto del arte. En su taller, pues, trabajaba el ya citado, entonces muy joven, Virgilio Sanchis, que había empezado el oficio muy chico; fue su discípulo predilecto y de él recibí meritorias lecciones. Y ya que hablamos de este escultor, Virgilio Sanchis, bien merece resalte sus grandes dotes (pues llegó a superar a su maestro), dedicándole un sentido y emocionado recuerdo. No tuvo suerte en la vida. En las postrimerías de ella, según me contó, halló gran consuelo en un señor que le visitaba con alguna frecuencia y creo fue dándole ánimos hasta lograr colocarle de Auxiliar de Modelado en la Escuela Superior de Bellas Artes. Este mecenas que paliaba, de forma tan desinteresada y noble, la desgracia de este escultor, fue don Felipe María Garín, nobleza obliga a resaltar su nombre como protector de un gran artista. En la propia Escuela, durante la clase, falleció, no faltándole los auxilios de toda clase, en tan crítico momento. Para no hacer más extensa la exaltación de este artista, permítaseme que mencione los tres intentos que realizó para romper con la ya rutinaria imaginería. Con su bien ganado prestigio de premios fue el primer esfuerzo su valiente decisión de tomar parte en las oposiciones de pensionado de Escultura en Roma; no recuerdo la fecha, pero sí que estuvo muy bien, aunque no la alcanzó. Su segundo intento fue modelar un gran desnudo de mujer; yo lo ví y recuerdo estaba correcto de proporción y en cuanto a técnica era lo que entonces se usaba en los envíos a las exposiciones nacionales. Un gran esfuerzo que no fue premiado, pero en el que demostró su capacidad para la estatuaria (su maestro parecía congratularse de estos reverses porque de este modo no dejaría de ayudarle). El tercer intento fue un bello relieve de talla de madera policromada, basado en una obra de Lope de Vega. ¡También sin suerte!

Asimismo tuve por maestros a don José Soria, hijo del excelente escultor don Ricardo, del mismo apellido, en su taller de imaginaria de la calle del Angel, donde conocí a su citado padre, ya jubilado. Entre paréntesis recordaré cómo me admiró toda la obra de éste: por ejemplo, el San José sentado con el Niño Jesús en sus rodillas —dejando el tipo acostumbrado— que figuró muchos años en los patios del Colegio de San José, de los Padres Jesuitas de Valencia, hasta 1936, siendo rehecho, hacia 1940, por don Francisco Paredes. Del propio don Ricardo Soria era uno de los grandes ángeles que había adosados a los pilares de la iglesia de la Compañía, así como de un boceto del entonces beato, santo hoy, don Juan de Ribera, para la estatua del claustro de su fundación llamada “del Patriarca”, en Valencia, que presentó al concurso convocado al efecto, que quedó desierto, aunque luego el proyecto que se realizó era casi literalmente coincidente con el de Soria, como todos reconocieron.

De cuando iba a la Escuela de Artes y Oficios, que compartía el edificio y, por lo tanto, el claustro con la Escuela Superior “de San Carlos”, recuerdo cómo en una ocasión me puse a contemplar los dibujos, del final del curso, de los alumnos de esta otra Escuela, la de Bellas Artes, o Superior, que regía esta Academia; eran de Capuz y otros que luego serían grandes artistas y estaban expuestos en ese claustro —el viejo claustro renacentista del Carmen— y quedé admirado y aun absorto de lo que yo, entonces, consideraba casi un imposible, aquella perfección, aquella calidad, hasta que, boquiabierto, sentí la invitación de un señor con galones en la bocamanga y en la gorra, algún bedel, que me decía iban a cerrar; tan ajeno estaba yo ante aquellos dibujos. Lo mismo me admiró cierto relieve, en el estudio de Soria, hecho por el padre, don Ricardo, que era una versión del Apoxiomenos de Lisipo, cuyo brazo hacia delante estaba tan bien resuelto en escorzo difícilísimo, que me parecía una maravilla. Era sin duda un ejercicio para sus oposiciones de la cátedra de la Escuela Superior de Bellas Artes. El relieve, de un metro de altura, era toda una lección maravillosa por la correctísima perfección de sus líneas y la irreprochable valoración de sus planos y proporciones, y si todos estos méritos no eran suficientes para calificar de maravillosa esta obra, diremos del talento que suponía vencer los obstáculos que implicaba representar a la estatua de frente y con el brazo extendido y el escorzo del brazo, y la estatua mucho mayor del natural.

Estos estudios académicos los simultaneaba yo con la práctica del dibujo en los talleres del ya nombrado don Amador Sanchis y de don José Guzmán, éste en la calle de Salinas, que era abuelo del actual profesor don José Calandín Guzmán, hijo, a su vez, de otro escultor, don Emilio Calandín, que fue profesor de la Escuela de Barcelona y artista que hizo, entre otras cosas, la estatua del “Palleter” que, desde hace unos años, está fundida en bronce y colocada junto a las Torres de Quart y un trozo de la Muralla de Valencia, el único que queda. Tiene, además, un grupo de dos figuras en el Museo y un relieve de asunto mitológico. Guzmán me dijo un día: “Xiquet, ja saps prou, buscat un taller en que deprengues a tallar la fusta”. Con ademanes cariñosos me despidió, aconsejándome que ganara algún jornal para ayudar a mi madre. Como talleres de imaginaria no me interesaban, supe, por un amigo, de un pequeño estudio en la calle de Vila-ragut, que tenía Juan Bautista Ríos; allí me dirigí y me admitió y me dijo: “Tráete papel barato y ves dibujando”. Allí estuve hasta que me dediqué a la piedra y el mármol. Yo no sé si aprendía mucho o poco, más bien siempre me parecía poco, pero el resultado fue que, poco a poco, fui haciéndome escultor y no he sido otra cosa en mi ya no corta vida.

En 1909 me incorporé a la Escuela Superior de Bellas Artes, que regía entonces esta Academia de San Carlos.

Tuve en esta Escuela Superior la suerte de tener muy buenos maestros y excelentes compañeros; a todos rindo aquí homenaje de afecto y gratitud.

Allí cursé, ante todo, el Dibujo del antiguo o de estatuas, en dos cursos, que yo aumenté, pues repetí por gusto para practicar; los regían don Julio Cebrián Mezquita y don Eugenio Carbonell, teniendo como compañeros, entre otros, a Luis Dubón, Alfredo Claros y Vicente Carreres, los tres pintores, y luego en Modelado a los escultores Julio Vicent (que pronto se fue a Madrid con Capuz) y a mi fraternal amigo y gran escultor Ramón Mateu, académico de honor de esta Corporación. En Modelado 1.º, con don Francisco Paredes como profesor (era el primer año que lo desempeñaba), quien me dijo: “No te mueras sin ver París”, consejo que, como diré, seguí al pie de la letra. También estaban de condiscípulos Camilo Casalta, Porcar, ambos castellonenses, y alguna vez coincidí, en el claustro no en clase, con el murciano José Planes, que estaba en Valencia haciendo el servicio militar; luego fue gran escultor, con tendencias, al final, muy modernas...

El 2.º de Modelado lo cursé bajo la dirección de don José Aixa; en dibujo del Natural, lo regían el citado don Eugenio Carbonell y don José Renau (padre) y coincidí con compañeros tan aprovechados como Rafael Alemany, Tomás Fabregat, Juan Ribelles y Enrique Igual Ruiz.

A Carreres ya lo había conocido en Artes y Oficios en la clase de Germán Gómez. Era gran dibujante, con una técnica especial que le hacía destacar de todos y me alegró coincidir de nuevo con él. Aquí ya no coincidí con Guiteras, quien era atildado y elegante y de él hay asimismo obras en el Museo; su distinción y señorío —era casi un “dandy”— no le impedían confraternizar conmigo, pese a que yo iba siempre, o casi siempre, con la indumentaria típica valenciana que entonces se estilaba, blusa de dril y alpargatas. También coincidí con Roberto Rubio, que preparaba unas oposiciones, buen escultor y creo que fue académico de esta Corporación, y con don Manuel González Martí, quien hacía prácticas, simultaneando su carrera universitaria con estos estudios de Dibujo; bien sabéis que llegó a ser consiliario primero, o sea vicepresidente de esta Real Academia y que la presidió algunas veces, como en la ocasión solemne de su segundo centenario.

De acuerdo con el consejo de mi maestro don Francisco Paredes, fui en cuanto terminé mis estudios y con mis ahorros y la ilusión más grande, por mi cuenta y riesgo, ¡a París! Era —1929— mi primera salida de Valencia; no hablaba francés, pero quería ver, sobre todo, la obra de Rodin, de Bourdelle, de Maillol, los Museos, todo.

Ya allí, lo primero que hice fue dedicar todo el tiempo a visitar los monumentos, los Museos, gasté todo el dinero que había ahorrado, y aquí empezó mi calvario; traté de buscar trabajo, visitando algunos talleres de Escultura, pero en todos hacían la misma pregunta, si no hablaba francés no me podían dar trabajo. Recordando haber oído que en el Boulevard Montparnase había un café en que se reunían muchos artistas; allí, en efecto, encontré a tres o cuatro valencianos —Caro Adam, caricaturista que se abrió camino, y Puchol, pintor de abanicos—, los cuales me hablaron de sus principios en París, lo amargo que les resultó, pues incluso tuvieron que fregar platos en fondas y tabernas para poder comer. No tuve, de momento, otra solución y lo hice en la misma fonda en que me hospedé cuando llegué. En ratos libres acudía a orillas del Sena, donde había muchos artistas bohemios que pintaban cuadros y hacían retratos dibujados. Allí acudía mucho público, conocedor de la gran cantidad de paradi-

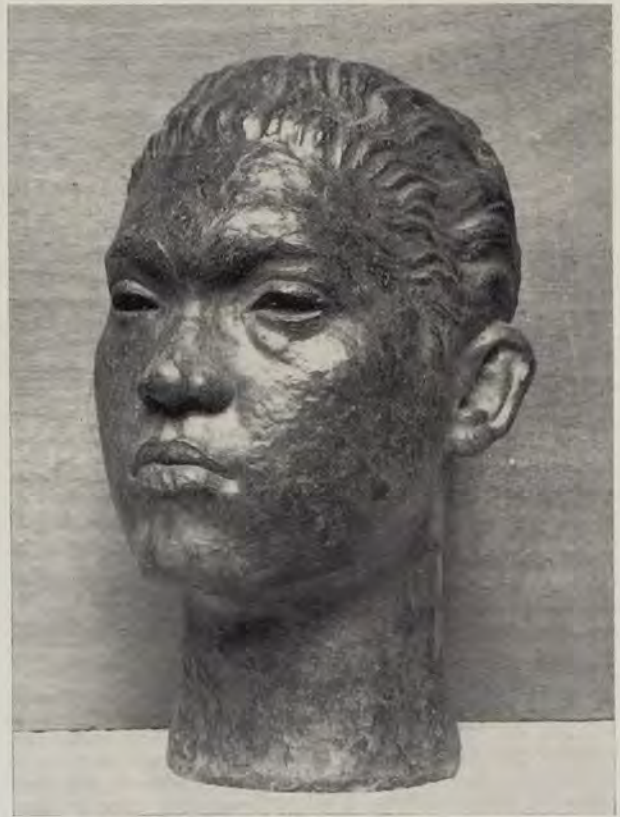
tas y puestos de cachibaches. Era muy típico. Hice algunos retratos al lápiz, pero esto no era una solución definitiva. Yo tenía un vocabulario de bolsillo e iba haciendo prácticas y unido esto, a estar oyendo siempre el francés, aprendí algo del idioma y volví a visitar otros estudios de Escultura, sin gran resultado. Me uní a un grupo de artistas que se titulaban independientes y teníamos modelo vivo, y esto me reconfortaba un poco, haciéndose más llevadera mi situación y aguanté unos meses más. De todas formas, me di cuenta de la ingente labor e inmenso sacrificio que me esperaba y decidí regresar a España.

Ya en Valencia de nuevo me encontré con la desaparición de mi pequeño taller, pues mi hermano se descuidó en abonar el alquiler y en tal coyuntura decidí marcharme a Madrid, recordando mis frecuentes viajes anteriormente, añorando el ambiente artístico que allí se respiraba y pensando en las amistades de mis condiscípulos muy estimados, Julio Vicent y Ramón Mateu que podrían ayudarme en mis primeros pasos. Efectivamente, Mateu, dada su amistad con Gabriel Borrás, en cuyo estudio trabajaba, logró me admitiera a trabajar en él, mientras esperaba la recomendación de un gran amigo de Mariano Benlliure, para entrar en el estudio de éste, pero no llegaba nunca, y, ante las continuas llamadas de mi familia por la grave enfermedad de mi madre, decidí, muy en contra de mi ilusión y mi voluntad, abandonar Madrid, regresando a Valencia, empezando de nuevo la lucha con el mármol y la piedra y asistiendo a los estudios libres de modelado del Círculo de Bellas Artes, donde coincidí con algunos ya nombrados y otros como Carmelo Vicent, Vicente Beltrán, Rafael Alemany, Marco Pérez y otros.

En dicha clase del Círculo obtuve un premio en metálico de cuantía bien escasa, como puede suponerse, pero que me suponía cierta ayuda y un aliento, como el que había obtenido anteriormente llamado "de alentamiento", como en efecto lo fue, en cierta exposición de la Juventud Artística, creada por Sorolla, que encontré a mi regreso de París, y conste que sólo voy a referirme a estos pequeños alientos de mi juventud. Luego, otras cosas, no muchas ni importantes, fui obteniendo, pero no voy a hacer relación.

Ya de lleno en el trabajo del mármol, tuve, entre otros operarios, un cantero, apellidado Pons y, trabajando en una lápida que tenía un relieve de la Lonja, me dijo éste que, cuando tuvieron que restaurarse en dicho monumento algunos ventanales, los artistas a quienes consultaron no resolvían el difícil problema y recurrieron al escultor don José Aixa, que daba la clase de Modelado del natural en San Carlos, después de la jubilación de don Ricardo Soria. Este escultor, Aixa, resolvió la restauración de dichos ventanales y otras cosas del edificio, dirigió la de las Torres de Serranos, etc. Como viene a cuento, diré que a dicho profesor lo tuve en la clase de Modelado del Natural y que todas sus correcciones se basaban en líneas verticales y horizontales. No niego, por esto, que fuese un buen escultor; las obras que ha dejado son pocas, pero buenas: la estatua de Luis Vives, instalada en el patio de la Universidad, y la del Padre Jofré, en el patio del Hospital Provincial y relieves en la antigua Facultad de Medicina, que parece se han trasladado a la nueva, y alguna cosa más que no recuerdo, en algún panteón. Este escultor formaba parte del grupo de escultores valencianos de finales del pasado siglo, con el citado Ricardo Soria, y Gilabert, Pellicer y Santigosa; de estos tres últimos no tengo antecedentes, es decir, detalles de obras; creo que de Gilabert sería más fácil localizarlas. Luego sucedieron a éstos, don Francisco Paredes y don Rafael Rubio, Juan Bautista Palacios, los también nombrados Juan Bautista Ríos y José Soria, Ignacio Pinazo y, quizás, algunos más que no recuerdo; porque José Capuz, Julio Vicent, Carmelo Vicent, Ricardo Causarás y Ramón Mateu

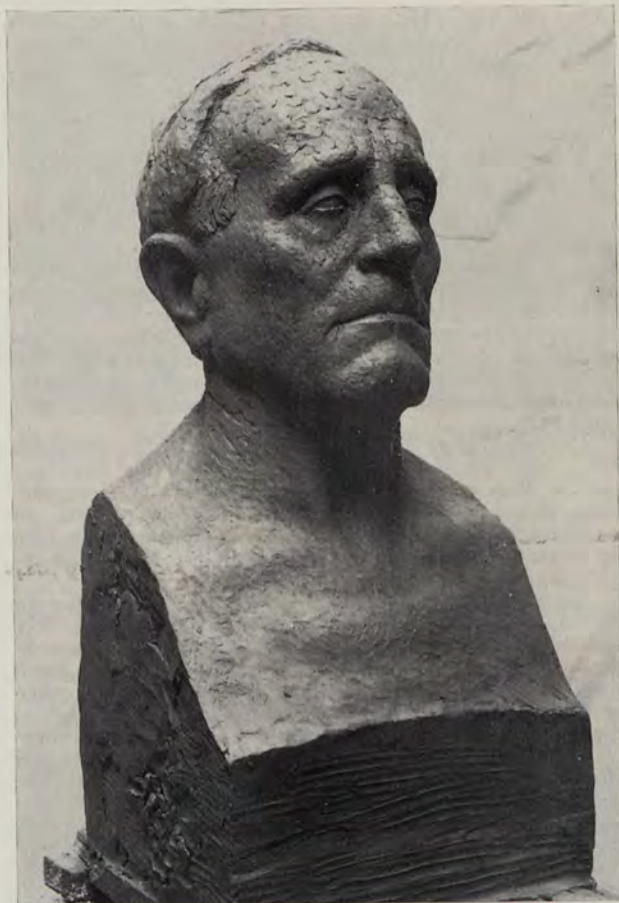
perteneían ya a otra promoción, y perdóneseme no haber incluido entre ellos a Rafael Bargues, Francisco Marco Díaz-Pintado, Vicente Navarro y el ya comentado Virgilio Sanchis. Con ello termina el ambiente que quería evocar. Todo y todos los de después, entre los que también abundan grandes artistas y buenos maestros, algunos presentes en la Academia actual y en este acto; todo lo demás, repito, es posterior, pertenece a otra época que, a su vez, ha dejado paso a otras promociones ya también maduras, de las que la juventud es sucesora o contradictoria, según... pero que, en todo caso, continúa una brillante tradición, la de la escultura moderna y contemporánea en Valencia, ciertamente destacada y quizás más que la pintura, una vez pasado el fenómeno Sorolla, y sus consecuencias más directas.



«Cabeza de negro», por Victorino Gómez López (Victor-Hino).

Aparte de esto, ¿qué más puedo decir? Que, incansable, más que triunfador, me prodigué para aprender o para contrastar mi obra aprovechando toda clase de enseñanzas y competiciones. Concurrí a cuantas ocasiones se me presentaron, a veces con éxito: exposiciones nacionales (las de 1930, 32, 51, 53, 55 y 57, donde me otorgaron medalla de bronce al busto retrato de nuestro ilustre compañero Genaro Lahuerta). También bienales hispanoamericanas, concursos nacionales; locales, en el Círculo de Bellas Artes y de diverso carácter; me invitaron a exponer en Nueva York y en los Salones de Marzo; trabajé ¿cómo no?, en arte escultórico funerario, recordando cierto mausoleo, el de Ferrer Peset, por el honor que me hizo la

compañía de trabajar en él con grandes escultores (Capuz, Julio Vicent y Bargues), y he visto levantarse varios monumentos, obra mía, en diversos sitios: en Valencia, el de Azorín, en las Alameditas de Serranos, tramo de Blanquerías; otro, un desnudo, en cierto jardincillo, próximo a las calles de San Francisco de Borja y Jesús; la lápida, mediante concurso, a Canalejas, en la plaza del Caudillo (edificio de Correos) y otras. Más monumentos, en Alcalá de Henares, Bélgida, Adzaneta de Albaida, Villajoyosa y el de Blasco Ibáñez en el Museo Nacional de Cerámica, figurando otras obras en diversos Museos o en iglesias de Madrid, Valencia y Onteniente. Y ejercí la enseñanza del modelado desde 1953, hasta mi jubilación, en la Escuela, entonces llamada de Artes y Oficios, de Valencia.



Busto del literato «Azorín», emplazado en las Alameditas de Serranos. Por Victorino Gómez (Victor-Hino).



El ilustrísimo señor don Victorino Gómez López recibiendo la medalla de la Real Academia.

¿Mi estilo? No lo sé: admiro a los antiguos y a los modernos, a los primitivos, los orientales, los clásicos y los contemporáneos, sobre todo los que pude ver en París, como he dicho ya.

Con esto creo que he dado un esbozo de mi vida como escultor, como artista en esos tres cuartos de siglo que me ha tocado vivir con presencia activa. Si ello justifica que esté aquí, se debe a la benévola apreciación de todo ello por mis desde ahora compañeros, todos ilustres. Mi gratitud a todos y a los que me habéis acompañado en este día, tan emotivo para mí. Nada más.

Muchas gracias.

DISCURSO DE CONTESTACION

SEÑORES ACADÉMICOS.

SEÑORAS Y SEÑORES QUE TANTO ME HONRÁIS CON VUESTRA PRESENCIA:

Ante todo os pido benevolencia para escuchar este breve discurso de contestación al de ingreso de mi entrañable amigo y condiscípulo Víctor-Hino en nuestra bicentennial y gloriosa Real Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Es para mí una gran satisfacción encontrarme de nuevo entre todos vosotros, tan queridos amigos, por tan grato motivo.

Alcanzar a nuestra edad tan alta distinción nos ayudará a mantener nuestro entusiasmo y afán creador hasta el final, pensando que éste tarde.

Conocí a Víctor-Hino en uno de los días más felices de mi vida, al ingresar ambos en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos. ¡Con qué avidez mirábamos los modelos que habían de servirnos para dar comienzo a la realización de nuestra gran afición artística!

Con gran bondad y simpatía nos acogió el catedrático don Francisco Paredes, que como bien dice Víctor-Hino en su discurso, se disponía a dar su primer año de clase de modelado primero, tras ganar la cátedra en reñida oposición.

Siguiendo el orden del discurso del recipiendario y amigo Víctor-Hino, diré que su antecesor y muy recordado amigo Alfonso Gabino, fue uno de nuestros destacados escultores, y consciente de su maestría, no hizo concesiones a falsas tendencias y siguió fiel a su acusada personalidad artística. Todos conocéis sus obras, repartidas entre lugares públicos y privados, y en nuestro cementerio se pueden contemplar varias de ellas. Personalmente era muy jovial y buen amigo. Descanse en paz.

El destino de los seres es muy incierto, y en el caso de Víctor-Hino empezó muy pronto a ser doloroso con el fallecimiento de su padre a tan temprana edad, pero en el transcurso de su vida, y desde muy joven, tuvo una vocación definida y un gran espíritu para vencer todas las dificultades que se le fueron presentando.

Es muy familiar y evocador para mí cuanto cita de su paso por las escuelas de Artes y Oficios y Superior de Bellas Artes, porque fueron también míos sus profesores y condiscípulos, o simplemente amigos.

Fue natural que Víctor-Hino sintiera la atracción de París. En esa época era el afán de todos los artistas: recibir su espaldarazo suponía el triunfo, cosa nada fácil, pero al menos podían estudiar y empaparse de aquel ambiente, donde convivían tan grandes figuras del arte y de las letras. Sólo con poder contemplar de cerca sus obras se sentían compensados de las innumerables dificultades con que tropezaban. Es propia de la juventud esa lucha por abrirse paso en la vida dentro de las aspiraciones y preferencias de cada uno, mas luego el destino decide y no siempre el empeño se ve correspondido.

Por distintos motivos se malogran muchos seres, tanto dedicados al arte como a otras actividades; así ocurrió con el amigo que cita Víctor-Hino, Virgilio Sanchis, escultor que ya fue, para mí, el más destacado alumno en la clase de modelado del natural de la Escuela Superior de Bellas Artes, de la que era profesor entonces don José Aixa, de grato recuerdo. Después de terminar brillantemente sus estudios, realizó algunos encargos y también envió a una de las exposiciones nacionales de bellas artes de Madrid un desnudo de mujer de tamaño natural, indudablemente digno de ser premiado. Como no ocurrió así, en vez de reaccionar insistiendo en presentar obras hasta conseguir su propósito, se desmoralizó y cada vez se fue

limitando más su capacidad de creación. Una verdadera lástima, porque se perdió un gran escultor.

Hace mención Víctor-Hino de su paso por el estudio, en Madrid, del escultor don Gabriel Borrás, hijo del pintor Borrás Abella y hermano de Vicente Borrás, gran pintor de colorido extraordinario y profesor de la clase de colorido de la Escuela Superior de Bellas Artes de Barcelona. Pues bien; yo entré en dicho estudio bastante tiempo antes, cuando todavía ocupaba un bello y espacioso lugar, rodeado de gran jardín y arboleda. Tenía tres verjas de entrada: una por la calle de Marqués de Urquijo, otra por la de Ferraz y la tercera por el paseo del Fintor Rosales. Esta finca era propiedad del general Weyler, famoso en nuestra guerra de Cuba, y antes de entrar allí Víctor-Hino se había vendido parte del jardín y dos de las entradas para construir edificios de viviendas.

Se estaba terminando por entonces un gran monumento para conmemorar la guerra de la Independencia, de la época napoleónica, que había de ser erigido en Vitoria, y ello dio oportunidad a Víctor-Hino para perfeccionarse en la ejecución del montaje de esculturas importantes. Trabajaba con nosotros entonces un escultor vasco llamado Guraya, más un ayudante cuyo verdadero nombre no recuerdo, pero al que llamábamos cariñosamente "Torototo", quizás porque hablaba un poco enredado y era en extremo atolondrado. Así le ocurrió el caso siguiente: Cuando acababa de amasar escayola en un barreño, resbaló y se cayó dentro del mismo de cabeza; ya pueden imaginarse la comicidad del momento. Nos llevábamos muy bien y pasamos una temporada nada fácil de olvidar, a lo que ayudaba indudablemente la personalidad tan humana y cariñosa del maestro y su gran simpatía.

Con ocasión de un viaje de la infanta Isabel a Buenos Aires, para asistir a la conmemoración de una fecha patriótica, Borrás formó parte del séquito que la acompañó, como delegado de Bellas Artes. Durante la travesía, en un transatlántico de la "Transatlántica Española", le hizo un retrato a la infanta y se publicaron fotografías, posándole, en todas las revistas.

Entre las notables obras de Víctor-Hino se destaca de manera notable el busto en bronce del gran pintor y académico Genaro Lahuerta. Recuerdo que cuando lo expuso en una exposición nacional de bellas artes, tanto a mí como a otros amigos artistas con los que cambié impresiones nos pareció una gran obra y, efectivamente, fue premiada con una tercera medalla. Aparte de estar bien modelada, tiene un gran parecido. Así hablaríamos de tantas otras obras dignas de tenerse en cuenta. Por ejemplo, el busto de nuestro gran novelista Vicente Blasco Ibáñez, de tanto empaque escultórico como parecido. Otra obra importante: "Las lavanderas", premiada tan justamente en la Primera Exposición Hispano Americana, y por encargo de nuestro Ayuntamiento esculpió un desnudo de mujer, que prestigia su destacada personalidad de escultor. Digna de mención también otra obra: el busto del gran maestro de nuestra literatura Azorín, emplazado en un jardín de nuestra ciudad, y tantas obras que merecen nuestra atención, pero que sería largo enumerar.

Y, para terminar, bien venido seas, querido compañero Víctor-Hino, a esta secular Academia, por donde han desfilar tantas extraordinarias figuras del arte valenciano. Trabajemos todos para seguir sosteniéndola con el esplendor que merece.

Recibe mi más efusiva felicitación por lo que representa para ti este solemne acto de recepción.

Gracias a todos.